

# El Eco de Cartagena.

AÑO XXX.—NUM. 8599

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONO NÚM. 58

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7:50 id.—Extranjero, tres meses, 11:25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorette, rue Caumartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 166.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

**LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24.**

Jueves 26 de Junio de 1890.

## NO MAS VIRUELAS!

En vista de los felices resultados obtenidos de la inoculación de la linfa vacuna procedente del Instituto de Murcia, se han traído cristales para la venta en la farmacia de la Sra. Viuda de Martí.

Para mayor seguridad se renuevan cada 15 días. Precio 3 pesetas. Mayor 28.

## RECETA DE HIGIENE INDIVIDUAL.

Vida honesta y arreglada; hacer muy pocos remedios y poner todos los medios de no alterarse por nada: la comida moderada y no tener aprensión: para hacer la digestión salir al campo algún rato; poco encierro, mucho trato y continua ocupación.

X.

*Vida honesta y arreglada.*—Hoy aquí todo un tratado de moral; que perseguir en cada acto un fin honesto, es dar por obedecido el deber, por ejercitada la virtud y por satisfecho el destino general del hombre.

El orden de la existencia asegura la salud del alma y del cuerpo; es la negación del vicio, la extirpación de las pasiones, la renuncia á los antojos, caprichos y abusos de los apetitos y el imperio de la prudencia y la racionalidad que han de darnos la justicia en los juicios, la fortaleza en el deber y la templanza en los instintos y deseos.

El bien honesto purifica nuestra conducta y nuestra conciencia, porque un tal bien no se persigue por malos caminos, al mismo tiempo que galardona esta honradez del propósito, conduciéndonos al bien agradable, ligado con aquel otro como lo está el efecto con su causa, haciéndonos reposar en un estado de felicidad, única posible en este mundo.

Se trata de construirnos una existencia serena, noble, magestuosa, bella y digna, sin sacudidas, ni tempestades, errores ni vergüenzas, desbarros ni arrepentimientos: esto es lo que se llama *vida arreglada*.

*Hacer muy pocos remedios*, equivale á atajar el paso de aquellos espíritus metuculosos que dan á su afán de vivir ese rumbo imprudente que se expresa diciendo que *estando bueno se quiere estar mejor*.

El abuso de los medicamentos, á más de indicar que no anda muy bien el espíritu, ocasiona las enfermedades del cuerpo.

Nada conduce á acostumbrar el organismo á sustancias que no están destinadas á la alimentación; y como en todo pecado va la penitencia, así ansia misma de vivir acarrea una multitud de accidentes penosos y que ponen en peligro la salud y la existencia.

Jamás fue el medicarse sin necesidad precepto de la Higiene: porque viene la Medicina á remediar los desórdenes que no pudo evitar su previsor: pero en modo alguno á auxiliar á ésta.

Todo remedio impone un desorden en las funciones, que precisamente han debido eludirse obedeciendo á las prescripciones higiénicas.

*Poner todos los medios de no alterarse por nada.* Ya este es un precepto moral que no siempre es posible cumplir.

Aquí se aconseja eso que se llama la *sangre de horchata* y el *cuerpo de pasta flora*, sustancias que no está en nuestra mano el introducir en nuestra organización y menos cuando al llegar á la virilidad nos encontramos con el temperamento formado, con el

carácter definido y con educación y hábitos hechos y determinados.

Mas no cabe duda que, evitando disgustos y contrariedades, nos proporcionamos una paz en alto grado saludable que nos conserva limpios de bilis, apaciguados los nervios y en la mejor de las disposiciones para ordenar la vida y arreglar á la conveniencia todos nuestros actos.

Hay aquí un sabio egoismo: relaja un tanto los lazos que nos hacen solidarios y participes del destino humano; pero dada la tendencia pernicioso del influjo que los hombres ejercen por lo general sobre cada individuo, aquella advertencia egoística se justifica al menos por el lado positivo de la moral, ya que no por el lado paciente y heroico que nos aconseja aceptar el dolor como medio de purificación y fuente de méritos, y hacernos blandos al ageno sufrimiento asequible á las penas que nos permiten ejercitar virtudes y poner de manifiesto nuestras excelencias.

*La comida moderada*, es la consecuencia del convenimiento de que no vivimos para comer, sino que comemos para vivir. Ni la salud depende de la cantidad de alimentos, porque no está más gordo el que come más, ni de la calidad de ellos, porque el refinamiento más estraga que nutre. No se trata de comer mucho; porque no consiste en esto el comer mejor; ni en devorar manjares extraños, confeccionados con una química culinaria imprudente y extravagante: porque tal cosa solo puede producir una indigestión elegante y aristocrática: cada cual tiene en su organismo la medida de la cantidad, y en la bromatología las reglas relativas á la calidad. Es preciso que la alimentación no nos embote las facultades, ni nos embrutezca, ni nos produzca hambres ficticias, ni nos disponga para el desorden y el atentado, ni nos quite la aptitud para las demás funciones de la vida corporal y moral.

*No tener aprensión.*—Hay que suponer que esto va contra cuantos por miedo dejan de comer lo más sano y provechoso, y no contra aquellos tímidos de carácter y muy susceptibles en materias de decoro, porque claro está que no se ha de aconsejar al hombre que pierda la vergüenza, lo cual podía ser un mandamiento muy práctico; pero que también es muy inmoral. Desgraciadamente no se necesita aconsejar tal cosa á la generalidad de los hombres, en tanto que no falta á quien alentar para que no esclavice su estómago y su paladar á un egoismo metuculoso y pobre. También hay muchos enfermos de aprensión.

*Para hacer la digestión salir al campo algún rato.*—El ejercicio después de comer, es utilísimo, corporal ó intelectualmente; el mismo cuerpo y el estado mismo del pensamiento, reclaman la expansión y el movimiento corporal. Es regla vieja y muy experimentada.

*Poco encierro y mucho trato.*—Esto no puede rezar con el trabajador, porque no hay trabajo que se haga por las calles, á no ser el del médico ó el del corredor, ni en los campos, como no sean los del labriego y el bracero rústico. En cuanto al trato social, no será ya el que lo confirma; porque pugna con el de no alterarse por nada y con el de continua ocupación que señalaremos para terminar. Por mi parte, le sustituiré con el de poca trata y superficial; porque no se cultivan afectos en la sociedad, ni se ventilan intereses, ni se ejercita la moral con el prójimo ni se respira aire saludable y puro. Paseo, sí; pero visiteo, el absolutamente necesario para no hacer la vida obscura del hurón, ni la aislada del misántropo. El tra-

to es la huelga, y ésta es la propensión á la culpa, que donde no entra lo bueno entra lo malo, ya que en el orden moral sucede algo de lo que la antigua Grecia decía de la Naturaleza: que tiene horror al vacío.

Por eso se concluye añadiéndose y *continua ocupación*. Jamás fue el estrado taller, ni escritorio, escuela, ni laboratorio, cuarto de estudio, ni bufete: antes bien: exige que se prescindiera de toda formalidad y que no nos demos á la vanidad del vestido y al mentir de la lengua. El estrado no es para los hombres, ni para incesante uso: las damas y por algunos momentos, bastan á satisfacer sus ficticias exigencias: los hombres al trabajo, que solo fatigados hay derecho al esparcimiento.

Cristián.

## Variedades.

Solución á la charada inserta en el número anterior:

ESPARTO

## Charada

En un cuadro de mi huerto  
ví que **tercia cuatro** estaba  
y me llamó la atención  
por ser hora deausada;  
¿qué irá á hacer **una una dos**?  
pensaba muy extrañada  
y lo supe cuando ví  
que **tercia cuatro** me daba  
un **tercera cuarta todo**  
que agradeci con el alma,  
**primera quinta** hace tiempo  
su cariño me consagra.

T.

La solución en el número próximo.

## ECHAR LAS CARTAS!

No ofenderé la superior ilustración de ustedes recordándoles quién fuera el inventor de la baraja, las distinguidas y hasta reales personas á que respondían en un principio sus cantadas figuras, el aumento posterior de las cartas, división en «palos», valor convenido, numeración, «pintas», combinaciones que determinan luego la gran variedad de juegos conocidos; y por último la clasificación de éstos en lícitos ó ilícitos, legales ó ilegales. Todos esos datos han circulado y circularán todavía en las secciones de variedades de los periódicos y en los almanagues.

«Echar las cartas» es operación de origen gitano, y en un principio callejera. Sustituyó con mejores resultados á la vulgarísima de «ponga, zeñorito, una limosnita en la palma de la mano izquierda para los chorreles que están merando é carpanta, que le voy á adivinar las penitas que pasa por una indina que malos mengues tagelen.»

Pero los grupos que se formaban obstruyendo el paso en la vía pública, los escándalos que se originaban, las imprecaciones y maldiciones lanzadas por aquellas furias, fueron causa de que los gottillas se incautaran de las mugrientas é incompletas barajas y se vieran obligados á conducir las al «estabil», á purgar sus insolencias y desacatos, coronados, quizá, con alguna cariñosa despedida, como la de «en er su Unico Hijo te queés, arrastrao.»

La persecución hizo el oficio clandestino y se ejerció largo tiempo en los más inmundos burdeles, en los antros más cenagosos, donde siempre anidaron con los más repugnantes vicios la ignorancia, la superstición y el crimen; las «amas» fomentaban el concurso á cambio de llevar parte en el negocio, ó de

que les recorrieran gratis el negro cortinón del porvenir ó de que les impusieran en los secretos de la cartomancia, último extremo por el que se decidían regularmente. Y esas fueron las sucesoras de las gitanas, las «echadoras» que afianzaron la clase y «dinificaron» el oficio, aumentando la clientela por medio de agentes encargados de propalar sus prodigios.

Dejaron «la vida», se improvisaron señoras, «aínda mais» viudas sin hijos y sin viudedad que, por desgracias de familia y reveses de la fortuna se veían reducidas á misero estado y obligadas á utilizar ese don profético «genor».

Instaláronse en habitaciones adecuadas al objeto, situadas en barrios cuyo vecindario fuera materia cómica y dispuesta, enterándose de la historia, vida, y milagros de la generalidad de los moradores, y sobre todo se cuidaron de dar al «salón de sesiones» aspecto casi tétrico y misterioso, á fin de que produjera el debido efecto.

Muebles de gutapercha negra ó sillas de palo negro y verdoso asiento; clásica cómoda, con la indispensable urna y el consabido Niño; velador grande, cubierto hasta su base con negro paño; rinconeras donde figuren la lechuga ó el mocho, disecados y cubiertos por espeso tul de polvo; cuadros de San Antonio, asaltado por tentadoras visiones; Santa Polonia, ostentando en la diestra los alicates con la dentadura; Santa Lucía, con el plato de ojos, y San Dionisio, con su cabeza en las manos, alternadas con algunos estudios anatómicos iluminados; lámparas de hierro, con inmensa pantalla en la que se transparenten en juego los monos con rudo y variis reptiles; visillos verdes en los cristales del balcón, que siempre será recayente á un deslunado y nunca á la calle, y como complemento indispensable, característico, de necesidad absoluta é imprescindible... un gato negro, todo negro, si no natural, de cartón, con grandes bigotes y larga cola.

Un salón así predispone el ánimo, aviva la superstición, despierta la duda y excita el deseo del que acude á buscar en las cartas aguijón á sus quiméricas desgracias ó incentivo á sus ilusiones halagüeñas, labrando en uno y otro caso su ruina.

Adoptaron trajes de... «sabor» que por su sencillez y colores respondieran á la gravedad del acto y despertaran en los clientes, quienes jamás deben vanagloriarse de haber visto dibujarse una sonrisa en los labios de aquellas pecadoras bocas.

El acto de echar las cartas ha respondido, y responde aun, á generalidades vulgarísimas sujetas á fraseología especial. Sabido era y es, por ejemplo, que los reyes son hombres «de edad», los caballos... jóvenes y las solas mujeres, morenos ó rubios ellos, y rubias ó morenas ellas, según los palos á que pertenezcan las figuras; que el as de espadas significa muerte, mala lengua ó firmeza, según casos y circunstancias; que el de copas acusa embriaguez; peloteras y palizas el de bastos, y dinero ó hermosura el de oros; que los cuatros son esquinas, papeles ó cartas; los treses desrazones y líos, y malos pasos los doses.

Sería prolijo seguir detallando, mayormente, cuando cada una de esas viudotas comienza con esas generalidades para acabar con datos que inconscientemente le suministra su propia víctima con sus gestos, interjecciones y exclamaciones ó con preguntas cuya contestación acoge con frases ó palabras que son una clave completa. A este propósito recordaré la de un infeliz que fue á que le echaran